



Año I

Núm. 14

#### SUMARIO

De pesca, por K. Ch. T.—El verdadero cazador, por I. F. M.—Nuestros pescadores con caña: D. Pedro Fito y Ruiz de Lihory, por Mario Guemells.—Las alegrías y pesares de un cazador novel, por Lucilo Ramírez.—Una simpática visita.—La agachad za: Su caza, por J. N. y E.—Un nombramiento justo.—Nuestro tiro de pichón.—Criaderos de perdices, por E. S. V.—Crónicas de caza, por Eyre.—Junto á la hoguera: El Lobato, por Guillermo J. Athy.—De cómo murió Rebollo, por M. Morales.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.—Noticias.—Cazadores.—Foot-ball.

(No se devuelven los originales.)

## DE PESCA

El ingenio del vulgo ridiculizando sin motivo al pescador de caña.—En defensa de esta afición.—Atractivos que ofrece.—Sus beneficios higiénicos.—Habilidad y conocimientos necesarios para su ejercicio.—Su importancia en otros países y preocupaciones del nuestro.—La mujer aficionada á la pesca con caña.

Empiezo, amables lectores, por confesar que no soy un pescador de caña en acción y que no siento, por tanto, los ardores del aficionado con las pasiones que este mismo entusiasmo despierta, y que pueden nublar el bueno é imparcial discurso, para romper una lanza en defensa de la afición á la pesca con caña, deprimida y ridiculizada sin motivo ni justificación.

Me encuentro, pues, exento de preocupaciones en pro ni en contra de la causa en que voy á ocuparme y, por tanto, en debidas condiciones de imparcialidad para juzgarla.

En tal situación, alguno preguntará: ¿Y quién le llama á enderezar entuertos? Á lo cual responderé: «El espíritu de *Quijote*, que alienta á todos los españoles».

Duéleme ver vejada por chistes, algunos de ellos sangrientos, una afición noble y simpática como la que más, que debe enaltecerse y fomentarse por los beneficios higiénicos que puede reportar.

Sólo esta consideración me lleva á dar la primera voz en esta campaña, esperando que plumas más brillantes y hábiles que la mía secunden y lleven á los demás el convencimiento que mi torpeza no podrá obtener.

Es llegada, pues, la hora de que los pescadores de caña sacudan la resignación con que vienen sufriendo burlas y más burlas y demuestren la sinrazón de tales chacotas.

En los países más cultos del mundo aumenta de día en día el número de aficionados á la pesca con caña, por los atractivos que ofrece y que procuraré poner de relieve con la sencillez posible, ya que por desgracia no posea las galas retóricas que exige una empresa de esta índole.

El pescador de caña es un ser de inclinaciones nobles, que trata de pasar el día distraído, proporcionando al cuerpo los beneficios del campo y á su espíritu el descanso necesario á la cotidiana labor á que constantemente está sometido en la lucha con asuntos y trabajos propios de la vida.

Sin que nosotros establezcamos comparaciones, que siempre son odiosas, entre la afición á la pesca y las de otra clase, respetando la libertad de cada cual para elegir la que mejor le parezca, expondremos las ventajas de la primera.

Es tranquila y sosegada, no expuesta á graves accidentes, poco costosa en su ejercicio, muy sociable y familiar, puesto que se presta á que vayan juntos los individuos de una fa-



milia; por último, es grandemente higiénica y produce emociones de singular atractivo.

Aunque estos extremos no necesitan gran demostración para ser comprendidos, procuraremos adicionarles algún comentario, ya que dirijo estas líneas á los que no conocen la pesca con caña más que por las burlas que oyeron de ella, sin haberse tomado la molestia de averiguar si eran justas.

Que es tranquila y sosegada: el pescador de caña no tiene necesidad de andar á pie leguas y leguas buscando sitio para su diversión. Casi todas las poblaciones tienen en sus proximidades ríos, lagunas ó arroyos, y en ellos se encuentra la pesca. Marcha, pues, á estos lugares: establece con facilidad su campamento, y como el ejercicio de la afición no exige variarlo mucho ni variar de sitio en grandes distancias, allí pasa el día sin extraordinario cansancio del cuerpo, que á veces es perjudicial para la salud; respirando los aires puros del campo, embalsamados con los aromas de las plantas y arrullado por el canto de las aves.

Los pertrechos de que ha de ir provisto son pocos, de escaso peso y de no mucho valor: las cañas, que pueden ser construídas por el mismo interesado, la cesta ó chistera, sedales, anzuelos, etc., etc., todo de poco bulto y pequeña impedimenta.

El sosiego y tranquilidad de que hemos hablado no quiere decir que sea absoluto, y, por tanto, que no constituya ejercicio higiénico para el cuerpo.

Son muy contados y de corta duración los momentos de absoluto reposo del pescador de caña, y aun en éstos está haciendo ejercicio material y espiritual. Sostiene la caña, y para ello hace fuerza con los brazos y con el cuerpo.

Su atención está fija en el sedal y la veleta, y alejada, por tanto, de las preocupaciones de la vida. Su espíritu descansa y se fortalece. La emoción de haber clavado un pez es indescriptible y produce hondo placer.

Cambia de lugar buscando otro que le parece mejor; se agacha y se levanta y adopta distintas posturas, y en todos estos movimientos hace ejercicios moderados y de gran higiene.

No ocurre en la pesca con caña lo que en la generalidad de los *sports*, que son exclusivos de los atletas, de los fuertes. Á la pesca con caña pueden dedicarse no sólo éstos, sino los débiles, ancianos, niños y mujeres.

No exige la ausencia de la familia de los individuos que ejerzan ésta amena afición.

Pueden todos practicarla á un tiempo y disfrutar juntos de las delicias de un día de campo.

Y no porque la pesca con caña aparezca tan sencilla deja de ofrecer las dificultades de un arte y dignas de estudio y el atractivo de vencerlas, para conseguir el resultado que se busca: aprisionar el mayor número de peces para disfrutar de las emociones que esto proporciona.

Para ello, el pescador debe conocer los sitios más á propósito en cada época, de un río, laguna ó arroyo: la profundidad que debe dar á sus aparejos, la conveniente preparación de éstos, el cebo preferido en cada tiempo y hasta en determinadas horas del día, por cada clase de peces; tamaño y forma de los anzuelos, manejo de la caña y muchos otros detalles de cuyo verdadero conocimiento depende el éxito de la pesca.

En los países más cultos del mundo, según ya hemos indicado, crece de manera prodigiosa esta afición, y ello se debe principalmente á que la ejercen las señoras.

Mucho celebraríamos que en el nuestro tomaran este rumbo, desechando pueriles miramientos que alejan á la compañera del hombre de amenas y cultas distracciones, que tanto pueden contribuir á su desarrollo físico y por ende al de sus hijos, constituyendo una generación fuerte y vigorosa.

He dicho.

K. CH. T.

EL DIRECTOR DE LA REVISTA, como Presidente: Tienen la palabra para continuar esta defensa los Sres. Velasco, Fito, Llorente, Sorroza y tantos y tantos otros ilustrados pescadores y maestros de este arte.

Se suspende entre tanto el juicio hasta recibir sus escritos.



## EL VERDADERO CAZADOR

No voy á entrar en consideraciones para ofrecer la etimología y significación del nombre, tan traído y llevado por todos y tan mal comprendido por muchos. Tampoco voy á escribir de lo que fué Esaú como cazador, ni de lo que son en la actualidad esos Esaúes que esperan á pie firme y rifle en mano, con serenidad propia de un verdadero cazador, al oso blanco y al león africano; ni mi preocupación es definir si como tales cazadores podemos considerarnos aquellos que, como



yo, no han tenido jamás delante de su escopeta ningún peligro.

Y menos mal si tuviéramos siquiera, los que presumimos de cazadores, un arte, una dificultad, algo, en fin, que nos diera una supremacía conquistando los obstáculos de nuestra afición, y distinguiéndonos al tirar y matar una perdiz ó una simple alondra, como se distingue el matarife del torero que hace caer á sus pies el astado bruto después de un artístico volapié.

Pero no hay nada de eso: eu la mayoría de los cazadores contemporáneos nuestros, como en los individuos de la fauna perseguidos por ellos, hay una variedad riquísima de especies, muy difícil de clasificar; pero saltan á la vista algunos ejemplares de cazadores, que dejan en mantillas á sus afines los pescadores de caña, pues éstos, al fin y al cabo, lanzan los anzuelos á la corriente mansa, y en buena posición esperan con paciencia sentir la *picada* del pez; mientras el jaulero, metido en una zanja, dobladas las rodillas y quebrado el espinazo, aguarda con anhelo los jipíos del pájaro, que á gusto se revuelca y espulga viendo el campo, sin ocuparse para nada en reclamar á su grey ó importándole poco los afanes de su dueño.

Además, hay una desmedida afición á cazar solamente los animales útiles; y muchas veces medito sobre el inconveniente que podríamos tener, y haríamos un gran beneficio á la agricultura y á las perdices, puesto que los perros tocan muy bien el rastro de las urracas y de otros animales dañinos, en dedicarnos á cazarlos, pues debe de ser tan hermoso para el cazador que aprecie el arte de la caza el pelotazo de un grajo descolgado á cien metros de altura, como el vil *lebricidio* de una *rabona* en su cama; y en el campo se quedan los grajos, las urracas, etc., sin que nadie intente molestarlos, *¡taday, sería ofendernos!*, afirmando, por supuesto, que no cazamos por lucro, que somos aficionados por amor al arte, pero haciéndolo consistir en cobrar muchas chochas, por ser las aves más estimadas en el mercado.

De tal manera se va prostituyendo el cazador respecto á como lo hemos entendido siempre, que conozco algunos entusiastas aficionados á cazar á ojeo y con escalera. Subidos en ella, como D. Tancredo en su pedestal, dominan entre los jarales á mayor distancia la caza que avanza recelosa del ojeo, y con escopetas calibres 10 y 12 de la marca X reunen pronto buen montón.

Hoy, al reunirse varios cazadores y comen-

tar el resultado de las expediciones cinegéticas, se juzga el éxito por el número de piezas cobradas, aplicando el mismo criterio para declarar la superioridad del monte y expedición, sin que se oiga el más pequeño comentario de incidentes de caza con escopeta y perro, á pesar de que uno solo de esta clase vale, al menos para mí, por un centenar de piezas obtenidas sin más lances que el de una regular puntería.

En el cazador por *sport* deben concurrir: abnegación, desprendimiento, derroches de nobleza y gusto artístico, siendo propias del cazador de oficio otras cualidades en relación con el fin que persigue. Pero sucede que se cuentan con los dedos los cazadores *sportistas* que sienten y practican la caza por el arte de ejercerla con escopeta y perro.

En apoyo de este aserto, voy á citar cómo cazaba mi padre las chochas ó becadas en los pinares del Pirineo.

En la imposibilidad, por la espesura, de llevar el perro á la mano, le colgaba al cuello un cascabel. El perro, suelto, buscaba y buscaba entre el bosque. Por el tintineo del cascabel deducía mi padre si su fiel compañero tocaba rastro, apreciando hasta la distancia á que se encontraba de la pieza, pues á medida que se acercaba á ella, sus pisadas eran más lentas, y en igual relación se atenuaban las notas del cascabel, hasta producirse el silencio en el momento de la muestra. Se acercaba entonces el cazador, muchas veces sin ver al perro en la espesura; y no dudo que será muy grande, grandísima la emoción que se sienta cuando entran las perdices de pico en la caza á ojeo, pero entiendo que hay más gusto y más arte en el tiro de una becada en esta forma, y con la dificultad de tener que aprovechar el pequeño espacio que deja para el blanco un bosque de pinos.

Termino por hoy afirmando en resumen: que son muy pocos los que, llamándose cazadores, tienen buen gusto para cazar; denómínense en lo sucesivo aficionados á matar conejos y perdices de bolo ó de pico, pero no se apropien ni adulteren el nobilísimo arte del cazador, que no consiste en salir al campo sin perro y á veces hasta sin escopeta, para traer á casa un buen montón de piezas cobradas por cualquier procedimiento, pues de escalón en escalón, llegaríamos á tener por cazadores á los que á cuatro metros de distancia, y generalmente en época de veda, asesinan perdices y codornices con reclamo y conejos y liebres á la espera.

I. F. M.



# Caza y Pesca

NUESTROS PESCADORES CON CAÑA

## D. Pedro Fito y Ruiz de Iuhory

Entre los buenos aficionados á la pesca con caña dignos de figurar en nuestra galería de retratos está don Pedro Fito.

Á la edad de diez y nueve años fué destinado á Valencia como funcionario de Hacienda, y desde entonces comenzó á practicar la caza y la pesca.

Se dedicó con gran entusiasmo al tiro de las aves acuáticas en aquellas hermosas lagunas.

Su anécdota más notable le ocurrió en la laguna del Grao de Castellón.

Fuó invitado por dos amigos á tirar á los patos por la noche á la luz de la luna, y, en efecto, nuestro biografiado no vaciló ni un solo instante, se dejó seducir y á las primeras horas de la noche quedó colocado en el interior de una barrica, artefacto muy utilizado en aquellos lugares para tirar á esta clase de caza.

Sus compañeros le manifestaron que iban á colocarse en otros puestos y que á las once de la noche volverían á reunirse con él para

emprender el regreso. El Sr. Fito no se atrevía ni á respirar, esperando el momento que hiciesen su entrada aquellas aves acuáticas.

Escudriñaba con vista de lince hasta los más recónditos lugares de aquella extensa charca iluminada por la luna, y las horas transcurrían insensiblemente para el cazador, que no perdía la esperanza de disparar su mortífera escopeta.

Vió que la luna trasponía el horizonte, no sin dirigirle antes de ocultarse una maliciosa sonrisa.

Terminó la noche, la rosada aurora asomaba tímida por detrás de las espadañas, un frío intenso hacía el ambiente irrespirable, la barrica hacía agua, y cuando el astro rey vertía sus dorados rayos sobre la faz de aquella tranquila laguna, aparecieron los acompañantes del pacienzudo cazador, á quien encontraron con el agua hasta las rodillas y aterido de frío.

¿Por qué dejaron transcurrir la noche sin acordarse de su compañero?

Nada más sencillo. Una vez que lo instalaron

en el puesto se dirigieron á Castellón, donde pasaron la noche en orgías y devaneos, dejando al Sr. Fito á la luna de Valencia.

Es propietario en Alcalá de Chisvert del monte titulado Regalfarí, donde abunda el





conejo y la perdiz. Fué gran aficionado á la pesca en el mar, en Castellón, Valencia y Balears, y sus pescados favoritos eran la *orada*, *lisa*, *llabarro* y *anguila*.

Hace unos ocho años que se dedica á la pesca con caña en los ríos y siente predilección por la del *barbo* y la de la *boga*.

Se dedica con gran entusiasmo al estudio del fomento de la riqueza piscícola, y en el Ministerio de Fomento se conocen algunos de sus notables trabajos.

Pertenece á la Junta directiva de la *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España* y es uno de los fundadores de la *Sociedad El Fomento de la Pesca Fluvial*.

Fué uno de los organizadores del concurso de pesca celebrado en Aranjuez el 21 de Mayo del corriente año.

D. Pedro Fito es un notable tirador á bala con carabina de precisión, habiendo obtenido diferentes premios en Valencia. En los concursos organizados por la Asociación de Cazadores consiguió tres medallas de oro y varios segundos premios.

Nuestro biografiado es un laborioso funcionario del Estado que, por su caballerosidad, su entusiasmo y su mucha inteligencia, ha merecido la consideración de todos y constituye uno de los elementos más valiosos de nuestra Junta directiva.

MARIO GÜEMELLS



## Las alegrías y pesares de un cazador novel

En un pueblo de Castilla la Vieja, cuyo nombre no hace al caso, habitaba un joven cuyas aficiones cinegéticas le eran tan irresistibles, que decidió poner en práctica aquellos sus proyectos de experimentar las hermosas emociones de la caza.

Se proveyó de su correspondiente indumentaria, compuesta de un fuerte traje de paño llamado de Astudillo y una montera de piel de cordero ó cabrito á la antigua usanza de aquella región, y provisto de los alimentos necesarios para conservar las energías, salió por primera vez á caza de liebres.

Fué á elegir, desgraciadamente, uno de los días más fríos y desapacibles del mes de Diciembre. Como su propósito era aprovechar la madrugada para colocarse en alguno de los pasos de las liebres, se levantó antes que

apuntase el alba, é irreflexivamente, sin darse cuenta de la baja temperatura, salió de su casa con dirección al monte titulado de los «Cabezos», donde llegó un buen rato antes de amanecer.

Hizo su puesto y se colocó dentro de él, dispuesto á esperar cuanto tiempo fuese necesario hasta conseguir hacer su cacería. Llevaba hora y media aguantando la helada que caía sobre él, y llegó hasta el momento en que casi se le hacía imposible ejecutar ningún movimiento, porque sus articulaciones no funcionaban, y cuando ya se disponía á abandonar aquellos lugares, vió con inmensa alegría que á bastante distancia se dejaba divisar una pieza de caza. ¡Momento emocionante! Pero éste fué de poca duración, pues repuesto de tal impresión, y ante el temor de que al más leve movimiento ó ruido producido por él pudiera apereibirse el conñado animal y salir de huída, con una serenidad incomparable pudo reprimirse hasta el extremo de contener la respiración, consiguiendo con su silencio que la pieza se aproximase, y cuando la creyó á tiro seguro, disparó y mató una hermosa liebre.

No es posible describir la inmensa alegría que de él se apoderó; dudó si abandonar el puesto, recoger la caza y volver á su casa, donde pensaba asombrar á su familia ante su grande habilidad de diestro tirador, pero la afición le retenía allí.

Por fin continuó dentro del puesto sin recoger la hermosa liebre que tendió en el suelo su certero disparo, y que tanta satisfacción le había proporcionado.

Momentos después entraba en plaza, gaza-peando, otra hermosa liebre, á la que dejó exánime con diestra puntería el novel cazador.

No pudo ya contener por más tiempo su deseo de contemplar entre sus manos aquellas sus víctimas y se levantó rápidamente, dejando la escopeta en el puesto, y se dirigió á recoger del suelo el fruto de sus afanes y desvelos; pero ¡oh terrible decepción! su primera liebre, á la que estuvo contemplando momentos antes tendida y rígida no lejos de allí, había desaparecido; pero no quiso dar su brazo á torcer y atribuyó aquella desaparición á que no se había fijado bien dónde había caído la pieza, ó que cambió la dirección al salir á recogerla; pero nunca se le pudo ocurrir que una astuta zorra, que sin duda conocía perfectamente la clase de cazador á que pertenecía nuestro hombre y que debió estar en acecho al matar aquél la primera pieza sin salir á recogerla, se



encargó de evitarle tal molestia mientras aquél tenía la vista fija en la que entraba, y al salir el cazador en busca de las liebres muertas, después de disparar sobre la segunda que entró, fué cuando se apercibió de la presencia de la zorra.

Como la escopeta quedó en el puesto, lleno de ira corrió á cogerla con intención de castigar duramente á tan astuto ladrón por su atrevimiento; pero éste recogió del suelo la segunda liebre y se la llevó, no sin dirigir una despreciativa mirada al incauto y confiado cazador, y trepando por aquellas montañas con la velocidad del rayo se alejó de allí, y cuando ya se hallaba á una respetable distancia y fuera del alcance de los plomos de su enemigo lanzó un maullido como de despedida, mientras el novel aficionado lanzaba todo género de improperios é interjecciones.

Convencido de su mala suerte por tantas y tan diversas emociones como había experimentado, abandonó el puesto pensando que aquella desagradable serie de incidentes era el verdadero colmo de cuanto aciago puede ocurrir á un cazador. Pero como una mala estrella le perseguía, á su regreso hacia el pueblo tuvo el mal acierto de tropezar frente á frente con una pareja de la guardia civil, quien, cumpliendo su misión, le exigió la presentación de la licencia de caza, de la que carecía. Le fué recogida la escopeta y denunciado ante el juzgado municipal, siendo condenado á pagar una multa y á la pérdida de la escopeta.

Nuestro novel cazador pensó seriamente en abandonar la afición que con tan malos auspicios comenzaba, pero no tardó muchos días en arrepentirse y caer de nuevo en la tentación de salir al campo, y bien puede asegurarse que ha sido y es en la actualidad uno de los cazadores más empedernidos, cifrando su mayor placer en poner en práctica sus aficiones cinegéticas al lado de sus amigos y compañeros, con cuya amistad se honra y con quien comparte las horas que le dejan libres sus obligaciones, en la muy digna Sociedad de Cazadores y Pescadores de España, á la que pertenece.

LUCILO RAMÍREZ



## Una simpática visita

En la tarde del día 6 se verificó en el domicilio del Colegio Notarial el reparto de los premios obtenidos en los últimos concursos del «Tiro Nacional». Con tal motivo hubo en las calles de Madrid una nota simpática. Los niños asilados en el establecimiento benéfico de Santa Cristina, formando su disciplinado batallón, concurrieron al acto á recoger los veinticuatro premios que los pequeños tiradores habían obtenido. Al llegar á la calle de la Bolsa, y antes de entrar en el salón donde el acto debía celebrarse, fueron requeridos para que subieran al Círculo de Cazadores, donde fueron obsequiados con dulces y refrescos, en muestra débil del profundo afecto que esta Asociación en general, y sus socios en particular, sienten por estos infelices niños recogidos de la calle por la caridad pública.

Cuando los niños estaban en el salón de tiro, tuvimos la satisfacción de saludar á don Alberto Aguilera, que, como protector principal de estas criaturas, quiso subir á manifestar su gratitud por el insignificante obsequio de que eran objeto.

## LA AGACHADIZA

### SU CAZA

La agachadiza común, *becacina*, *bequerude*, *agacha*, *cabrilla*, *pájaro balero*, etc., es un ave del tamaño de la codorniz; la parte superior de su cuerpo es de color pardo negruzco con matices dorados; la inferior de color blanco sucio; su figura es parecida á la de la chocha ó becada, pero tiene el cuerpo más esbelto que esta última.

Según los naturalistas, la patria de la agachadiza es toda Europa y el Asia Septentrional; aquí en España, como tenemos la envidiable suerte de disfrutar toda clase de climas, crían también, habiéndola conocido (por cierto con abundancia) en las provincias de Burgos y Soria.

Son conocidos de sobra los terrenos que frecuentan y habitan las agachadizas: todos los terrenos pantanosos, tierras encharcadas, ribera de los ríos y de los manantiales, te-



niendo que hacer la advertencia que si el año es abundante de lluvias, se extiende hasta el interior de las tierras, pues necesita para vivir terreno blando donde poder introducir su largo pico en busca de lombrices y gusanillos, base de su alimentación.

Son pájaros dignos de observar en la época del celo. Las evoluciones que el macho verifica, sin duda para tratar de agradar y conquistar á la *dama de sus pensamientos*, son preciosas. Se eleva de repente, con la velocidad del rayo, á una altura que se suele perder de vista; al descender, con la alas extendidas ó inmóviles, se deja caer como un objeto inanimado. El ruido, ó mejor dicho sonido que produce con las alas al remontarse, se asemeja al balido de una cabra, de donde le proviene el nombre de *cabrilla* ó *pájaro balero* con que es conocido en las provincias de Soria y Burgos.

En cuanto á su caza, daré á conocer mi modesta opinión, fruto de mis observaciones al practicarla, y desde luego respetando las opiniones de los demás.

Conocidos ya los sitios donde habitan, y por lo tanto donde verificar la cacería, conviene, en primer lugar, que el perro que se lleve para dicha clase de caza sea obediente en grado superlativo, y que cace excesivamente corto, dando mucho mejor resultado; no siendo así, hacerse acompañar de un criado ó morralero, que lleve el perro atado, para dedicarle á cobrar las agachadizas derribadas.

Entiendo que esto último que indico es pedir demasiado á los que sólo comprenden la caza llevando el perro por delante, y entre los cuales tengo el honor de colocarme.

Respecto á la clase de munición que se debe emplear (y repito lo que anteriormente dije, que respeto las opiniones de todos los demás), á mi juicio el mejor perdigón es el de 10.<sup>a</sup> y la pólvora á gusto de cada cual, pero teniendo en cuenta que suele ser tiempo de grandes fríos.

Lo que sí encuentro de inconveniente en munición tan menuda es que al ir cazando las agachadizas suele saltar alguna zarceta ó algún azulón, y también es fácil en tiempo de hielos que se desenvuelva alguna *rabona*, y si esto sucede, es probable ó casi seguro que se quede uno sin la pieza, no siendo que salga de los mismos pies.

Desde luego reconozco que se puede obviar ese inconveniente cargando un cañón con 10.<sup>a</sup> y el otro con 5.<sup>a</sup>, pero á mí al menos me resulta siempre violento, pues si tengo que tirar los dos tiros á una agachadiza, si se la

coge con el de 5.<sup>a</sup>, luego no puede aprovecharse, pues queda destrozada por el tiro.

Sobre la distancia y modo de tirarlas hay diversidad de pareceres; yo me permito aconsejar (desde luego á los principiantes) que al saltar la agachadiza, procuren encañonarla rápidamente y... soltar el escopetazo, pues si quieren emplear filigranas de puntería, es posible que no se queden con ella, por la rapidez y sinuosidad de su vuelo.

Se me olvidaba advertir que en tiempo de grandes fríos, cuando se hiela el agua de los *chorrales*, y por lo tanto la corteza de la tierra se pone tan dura que es imposible á la agachadiza horadarla con su pico, se deben buscar en las orillas de los ríos, en las *solapas* que forman algo de playa, y también en las proximidades del nacimiento de manantiales que al salir el agua templada (relativamente), en cierto espacio de terreno no llega á helarse.

Sólo habiendo verificado estas cacerías se comprende el entusiasmo que producen; y eso que es caza que entraña verdadero peligro para la salud del cazador, y mucho más si éste es tan abandonado y desidioso como yo he sido, que nunca me ocupé de que existía el calzado impermeable, que habiendo llevado baños imprevistos de todas clases y formas (y los que llevaré, si Dios quiere), no he tenido la precaución de mudarme de ropa, y estar luego cazando todo el día *hecho una sopa*; así que estoy *casi reducido á polvo* de resultas de las mojaduras.

Termino, para que vean mis queridos lectores que no pecho de exagerado al expresar la pasión que se siente por la caza de la agachadiza, copiando un pequeño párrafo de la obrita *Recuerdos de caza*, del buen cazador Barón de Cortes:

«En resumen, tal es mi predilección por una tirada de becacinas sobre todas las otras variedades de caza, que, galante con mis amigos, les cederé sin gran pena el tiro de un ciervo ó jabalí que me corresponda, les cederé el sitio junto á mi perro puesto de muestra á una perdiz, les cederé cien conejos; pero el tirar á las becacinas no lo cederé jamás.»

Conque, compañeros, fuera miedo y... al agua.

J. N. Y R.





## UN NOMBRAMIENTO JUSTO

S. M. el Rey, con espíritu de alta justicia, haciendo el debido aprecio á los méritos y saber de un modesto artífice, lo ha favorecido con el nombramiento de Armero Mayor y Balletero de la Real Armería, cuyo cargo ha recaído en D. Agustín Peñuela y García.

El gran Agustín, que este calificativo merece y le aplican los que conocen sus condiciones de saber, aun lastimando su excesiva modestia, es un verdadero y genial artista en su oficio de armero, habiendo llegado á una perfección reconocida por propios y extraños.

Seguros estamos de que todos los aficionados á la caza, que admiran sus obras, celebrarán y aplaudirán el nombramiento hecho por S. M. el Rey.

Nosotros enviamos al agraciado la más sincera felicitación, celebrando al propio tiempo el feliz acierto del Monarca, á cuyos oídos habían llegado, sin duda, las noticias de los singulares conocimientos de Agustín, y los ha aprovechado para ponerlo al frente de los talleres de la Real Armería.



## NUESTRO TIRO DE PICHON

El jueves 16, por la tarde, se verificará la inauguración de la temporada del tiro de pichón de la Sociedad, en su escuela práctica, detrás del Retiro.

En estas fiestas pueden intervenir todos los señores socios de la General de Cazadores y Pescadores de España, siendo la entrada libre para ellos y sus familias.



## Griaderos de perdices

En la vía férrea única que entra en la extensa provincia de Cuenca hay una estación que llaman Cuevas de Velasco, situada en una hermosa é interminable vega circundada de elevados montes.

El pueblecito que da nombre á la estación de Cuevas de Velasco está como suspendido sobre inaccesibles rocas de muchos metros de elevación. Desde la estación al pueblo parece que se pueden dar la mano y se precisa para llegar á él media hora de camino... y buenas

piernas. Este pueblo es un curioso ejemplar de aquellas ingeniosas fortificaciones antiguas en que se escogía y aprovechaban admirablemente los accidentes ó escabrosidades del terreno.

Allí se conservan todavía obras y señales de lo que fué y de las metamorfosis que ha ido sufriendo. Lo único que en toda su integridad y valor queda es la iglesia, tipo verdaderamente raro y notable, según hace observar el erudito académico, arqueólogo y catedrático conquense Sr. Jiménez Cano. Considerándose lego en estas exquisiteces de la historia y del arte, sólo quiero anotar aquí un dato: que éste es el término de más perdices de España.

Por todos estos pueblos de alrededor (Castillejo, Caracenilla, Villar del Saz, Sotoca, etc.) las perdices son tan abundantes como las alondras en la provincia de Madrid.

¿Cómo abundan tanto las perdices en estos términos? No me lo explico, porque las gentes de aquellos pueblecillos las persiguen sin descanso en todas las épocas y por todos los medios: con escopetas y perros, con reclamos, con perchas, con alares y recogiendo los huevos de los nidos. Verdad es que la caza allí tiene mucha defensa, porque los montes son muy quebrados y tienen mucha mata.

Estuve en una cacería con unos amigos en Cuevas de Velasco y en un monte que llaman *Cabezas Albas*, y en seis ú ocho ojeos disparamos 800 tiros aproximadamente.

Bien es verdad que, á pesar de aquella abundancia de perdices tan extraordinaria, los tiros resultan allí difícilísimos. El monte está alto y quita mucha vista, las perdices cruzan como centellas en todas direcciones sin hacer caso las unas de las otras, se remontan á alturas imposibles, hacen rápidos y extraños giros en el aire, y por último son tan bravas y duras que rara vez se quedan en el tiro, sino que van á morir á muchos metros del disparo y con frecuencia se pierden.

Los buenos tiradores se ponen allí á prueba y en un par de cacerías se desacredita la mejor escopeta.

E. S. V.







## CRÓNICAS DE CAZA

Más sobre la caza de la alondra con espejuelo y mochuelo.—La familia puede acompañar al cazador y tomar parte en la cacería.—Beneficios higiénicos que reporta.—Muerte de un faisán en la sierra de Matalpino, estribaciones de la del Guadarrama.—Referencias de esta cacería.—Algunas consideraciones sobre la procedencia de aquel faisán y de otros que más tarde se han visto por aquellos lugares.

Insisto, amables compañeros, en ponderar la diversión que ofrece la caza de la alondra, porque creo firmemente que hago un bien inclinando hacia ella el ánimo de los aficionados, en primer lugar para que no pierdan la afición, si salen al campo á otra clase de caza, se estropean andando y no logran disparar la escopeta, y en segundo lugar, porque la caza de la alondra se presta á familiares excursiones al campo que benefician higiénica y moralmente á todos sus individuos.

Y sin necesidad de mucho esfuerzo para demostrarlo, tendré que decir algo á este propósito.

En efecto, á la caza ordinaria, llamémosle así en este caso á la del conejo, perdiz, liebre, y similares en tamaño, no pueden ir las señoras y niños, con raras excepciones, y aun en éstas, más van á sufrir molestias que á pasarlo bien.

Y yo, que entiendo que es un error, que á nada bueno conduce, que el cabeza de familia, el padre ó los hijos varones mayores de edad, el único día que tienen libre para pasarlo al lado de los suyos, se separen de ellos y pierdan la ocasión de educarlos ó ilustrarlos con sus consejos y experiencias de la vida, y sobre todo de proporcionarles un esparcimiento higiénico y honesto, tengo que insistir con entusiasmo de fervoroso creyente en la ponderación de la caza que, como la de la alondra, permite á la familia disfrutar en común de tales expansiones.

Después de organizada la expedición por el

padre de familia, ó por el hijo aficionado, con los sabrosos detalles á que esto da lugar en el seno del hogar doméstico: arreglo y condimento de los víveres que han de llevarse, ropas y demás utensilios propios para pasarlo en el campo; entusiasmo de los chicos y tantos y tantos otros hermosos pormenores como se desarrollan al calor de los afectos del hogar en un día de claro y esplendente sol, llenos de alegría y de ilusiones, marchan juntos al campo los individuos de una familia, con trajes sencillos, sin la rigidez que exige la vida en las poblaciones, suelto el cuerpo y el espíritu, á proporcionar al uno el ensanche y la expansión que necesitan sus músculos entumecidos durante una semana, ó sometidos cuando más á monótonos movimientos de cotidianas obligadas ocupaciones, y al otro, al espíritu, el descanso y la variedad de emociones que le son también precisas si ha de remozarse y conservarse en perfecto equilibrio.

Ya en el lugar escogido para establecer el campamento, á donde se ha llegado prontamente, porque, como dije en mi anterior crónica, á pocos kilómetros de Madrid ó de cualquier población se encuentran las alondras en bastante número para cazarlas, se arma el espejuelo ó el mochuelo, y á la vista de todos, pues no es menester que se retiren mucho, sí que se agachen ú ocultan algo, empieza la cacería.

El tirador prepara su escopeta, y con los cuidados propios del peligro que siempre ofrecen las armas de fuego, espera impaciente que los



pájaros entren al engaño, reclamándolos también con el pito, operación que puede ayudar, pero que no es de absoluta necesidad.

Otro de los acompañantes tira de la cuerda del espejuelo (he podido observar que es mejor el de cuerda que el de máquina, sin duda por la variedad de movimientos de aquél y la uniformidad de los que imprime el mecanismo del segundo), procurando hacerlo suavemente y que no se pare. Suele ocurrir que el que verifica esta operación se distrae para mirar á las alondras que llegan ó á las que van de paso, aparta para ello la vista del espejuelo, pierde el compás de la cuerda, se le enreda y se interrumpe el movimiento del aparato, y como esto sucede precisamente cuando están encima los pájaros, se percatan ellos de la estratagema y huyen, burlándose del tirador y causando su desesperación, que desahoga recriminando al auxiliar que tuvo tal descuido.

Este incidente pasa pronto y vuelve otra vez á funcionar el aparato.

Entra un enorme bando de alondras; revolotean unas y otras y vuelven loco al tirador, que no sabe cuál elegir para dispararle.

En tal situación debe fijarse en una sola, sin pararse á contemplar si entró mejor ó peor que las otras, seguirla con la vista, enderezando hacia ella los cañones de su escopeta y, cuando la haya apuntado, disparar con calma y buen cálculo.

En estas condiciones, sin aceleramientos, es muy probable hacer blanco y que caiga al suelo el pájaro muerto ó herido.

Los mirones, llamémosles así á los acompañantes del cazador, no deben quitar la vista del sitio donde cayó la descolgada, procurando fijarse en cualquier punto que les sirva de guía para encontrarla, cosa no fácil, según ya dije, por el color de las alondras, parecido al de la tierra.

Tampoco deben dejarse mucho tiempo en el suelo las caídas, porque se pierde el tanteo y es inútil buscarlas.

Y de este modo, entre los divertidos incidentes que ocurren á cada momento, porque el espejuelo se para, porque no se encuentra la alondra que cayó, porque otras, al ir á cogerlas, vuelan y hacen correr tras de ellas á sus perseguidores, que á veces dan con su cuerpo en el suelo, produciendo como es costumbre la hilaridad de los demás, porque el tirador se ofusca y no cambia los cartuchos tirados, no puede con la precipitación cerrar la escopeta ó se vuelve loco sin saber á cuál tirar.

Todo ello, en fin, es divertidísimo, y hace que pasen rápidamente las horas más á pro-

pósito para la cacería, que son, repito, las de la mañana, hasta las once.

Llega después el momento de la calma y de proporcionar al estómago el conveniente alimento, y sentados todos alrededor de la merienda, la devoran con singular apetito, comentando de paso los incidentes de la mañana, que se pasó de manera tan deliciosa.

He ahí por qué he insistido en ponderar esta clase de caza, tan divertida, económica ó higiénica.

..

Y paso al relato de la muerte de un faisán en la sierra de Matalpino, de la provincia de Madrid.

El domingo 5 de Noviembre iban por los terrenos libres de aquella sierra, en busca de perdices y de alguna liebre, que son las únicas especies de caza que por allí pueden encontrarse, y no con abundancia, los conocidos y buenos aficionados, socios de la General de Cazadores y Pescadores de España, D. Pablo Arranz, D. Eulogio Noqué y otro cuyo nombre no recuerdo.

Hallábase Noqué saltando la tapia de una cerca. Dejó la escopeta apoyada en la misma y cuando descendió al otro lado voló del suyo un faisán que no pudo tirar porque se encontraba desprovisto de su arma.

Avisó á sus compañeros con el consabido grito de ¡ahí va! que tan popular hizo el *tio del gabán*, y los otros pudieron disparar sus tiros al ave, aunque á larga distancia y sin saber lo que era, porque todo podían figurarse menos que por la sierra existiese un faisán.

Prendido por algunos plomos, fué descendiendo hasta dar en el suelo á larga distancia.

Corrieron los cazadores á cobrarlo, sin saber todavía de qué ave se trataba.

Viéronlo en el suelo muerto, y hasta tenerlo en la mano no se aclaró el misterio: era un hermoso faisán.

Sin duda fué á parar á aquellos lugares desde la Real Casa de Campo, que es el más cercano sitio donde se crían.

Días después del en que se verificó esta cacería han matado otro faisán en la sierra, y seguramente no será el último que encuentren mientras los haya en libertad por las posesiones reales, pues es ave que vuela mucho cuando se decide á hacerlo.

Deseo y quiero para todos que tengamos la fortuna de tropezar en el campo con tan hermosa pieza de caza.

ERRE





JUNTO Á LA HOGUERA

## EL LOBATO

Los cazadores que durante el buen tiempo se hayan aventurado en expediciones á las montañas del Norte de nuestra Península, acaso habrán hollado alguna vez el sitio donde tuvo lugar la historia de Juanelo el Lobato.

Una vez dentro de la abrupta montaña, entre Santander y Asturias, dejad el tren, é internaos en el laberinto de precipicios que separan las cimas gigantescas de aquellos montes. Encontraréis un paisaje triste, severamente triste. Una vegetación tupida y obscura cubre los cerros de violenta pendiente hasta la cumbre. Allí no se ve el suelo más que en el sitio en que se pisa, y no siempre.

Sólo en las crestas más elevadas, rozando las nubes que casi siempre las envuelven, álzanse algunos peñascos entre cuyas grietas crecen la hiedra y el musgo, amén de algún pinocho raquíptico y torcido, semejante á un reptil furioso asomando en su guarida.

A media ladera podréis avanzar, no sin trabajo, pero es al fin el único camino practicable que hallaréis. En vuestra marcha veréis á lo lejos, en sitios resguardados de los vientos, pequeñas aldeitas asomando sus fachadas

blancas y sus tejados rojos entre la sombría vegetación, ó tal vez, cubiertas por el obscuro follaje, os denuncie su proximidad algún penacho de humo azul alzándose al cielo. Si dejáis el camino y seguís la ascensión, un silencio de desierto os entristecerá y jirones de niebla tendidos á vuestros pies os ocultarán los vallecillos y los desfiladeros. Seguid al Norte, llegad á una cumbre. ¿Veis una línea azul un poquito más alta que la línea quebrada de las montañas? Es el mar, el horizonte del Cantábrico que se divisa desde aquella altura.

Grande es la altitud en que os encontráis, pero no es la mayor de aquella cordillera. Allá, á la derecha, se divisan montes altísimos, con sus cimas envueltas en turbantes de nieve y sus laderas cubiertas de verdor que la diafanidad del ambiente deja percibir á pesar de la distancia. Son los Picos de Europa, los ancianos atalayas del Pirineo.

En torno vuestro no oiréis más ruido que el roce de la ropa entre los brezos. Ni un pájaro, ni un insecto; aquello semeja un cementerio abandonado, y más aún habréis de hallar tal semejanza si encontráis al pasar un esqueleto de rebeco que los lobos ó el oso devoraron. También encontraréis en vuestro camino vestigios de población de época muy remota; cuevas abandonadas siglos atrás, convertidas ya en cubiles de fieras, al lado de grutas naturales que el tiempo y las aguas han



labrado compitiendo el trabajo de los hombres.

Quede todo atrás. Seguid el camino. Al pie de una montaña se extiende un valle más extenso, cubierto de verdor más alegre que el de las cumbres. Al pie de aquella montaña hay una agrupación de edificios modernos, sobre los que descuellan chimeneas altísimas. Es la entrada de una mina. En torno de los grandes edificios hay otras pequeñas casitas donde habitan los mineros. Ya hemos llegado. En una de aquellas casitas nació el protagonista de nuestra historia, Juanelo el Lobato.

Existen hechos en la vida de causa inexplicable. Cuando sólo de un caso aislado se tratara, podría creerse obra de la casualidad; pero son muchos, demasiados para que puedan ser coincidencias.

Parece como que el trabajo rudísimo de las minas ejerce una especie de atracción sobre los hombres de historia oscura.

Preguntad antecedentes en una cuadrilla de mineros á los individuos que la forman y, con pocas excepciones, encontraréis un punto negro, si no en su historia, en la de sus

ascendientes. Desdichas de la vida en unos casos y malas inclinaciones en otros, reúnen allí aquellos hombres, como si quisieran ocultar en las entrañas de la tierra su desventura los primeros y los segundos su pasado.

Uno de estos hombres había sido el padre de Juanelo. En las puertas de la administración, llevando en brazos al niño que apenas si sabía andar, presentóse un día á pedir trabajo; era joven y fuerte y fué recibido. Nadie supo ni quiso saber de dónde venía ni quién era. Instalóse en una de las pequeñas casitas, y allí empezó para él una etapa de vida honrada y laboriosa, que probablemente no había llevado antes.

Mientras el padre trabajaba en la mina, Juanelo pasaba las horas compartiendo sus infantiles travesuras con otros chiquillos tan descuidados de sus padres como él.

Cuando apenas contaría cinco años, hubo

en la mina un hundimiento por una explosión de grisú, y el pobre Juanelo perdió entre los escombros el único afecto que le ligaba á la humanidad. Tan pequeño como era, apenas si le hizo mella la orfandad. Amparábanle los mineros y cuando llegaba la hora de comer, acercábase á la mesa de la casa más próxima y allí llenaba su estómago, como se alimenta un gorrión, cada día en distinto corral.

Creció Juanelo, y el campo de acción de sus travesuras se trasladó desde el caserío de las minas á los alrededores. El muchacho hacía competencia al lagarto más voraz buscando nidos y cazando pájaros con trampas de su invención en las vertientes de las montañas. Era el vagabundo del país, y ya sus com-

pinches de travesuras le iban haciendo vacío en su trato, cuando cierto día, en el buen tiempo, desapareció Juanelo del poblado.

Á decir verdad, nadie echó de menos su presencia en los primeros momentos. Pasaron días, y como el pobre huérfano no tenía casa ni hogar donde su presencia pudiera ser indispensable,

creyeron los más que se había trasladado á otras aldeas, donde mendigar el sustento con mejor resultado que en el miserable caserío de mineros.

Pasaron días, y tras el escaso murmurar, vino el olvido de Juanelo, dando por hecho que el desaparecido estaba en sitio seguro.

Habían transcurrido dos años.

¡Qué inusitada alegría en la montaña! Cazadores, monteros que cantan, perros que laten alegres, relinchos de caballos, toques de bocina; el sombrío desierto invadido por una algazara extraña. Era una numerosa expedición en busca del selvático rey de la cordillera cantábrica. Los cazadores cortesanos, hartos de tirar cómodamente conejos y perdices, querían ensayar su pericia y sus armas en un oso corpulento, y arrojando el frío de las alturas y dedicando pingües sumas á la satisfacción de este placer, iban en su busca,





Empezó el primer ojeo. Los cazadores oían el ruido lejano de las caracolas, las voces de los ojeadores y las salvas que éstos hacían para ahuyentar á las fieras ocultas en el espesor. Con mirada intranquila, presentían al más ligero estremecimiento del bosque la aparición del formidable plantigrado. Todo era ilusión, deseo de la buscada emoción. Las voces se acercaban y la cacería empezaba á dar su fruto. Algunos lobos, en rápida huida, tratando de romper la línea de escopetas, rodaron por el suelo, heridos por las mortíferas balas de rifles hábilmente apuntados.

No había parecido ningún oso en aquel ojeo.

Ya las voces se oían muy próximas, cuando, rompiendo matas á toda carrera, dirigióse hacia las escopetas una figura extraña, un chicuelo melenudo, harapiento, con cara descajada por el terror. El cazador más próximo retiró su rifle ya apuntado y detuvo al *arra-piezo*.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—¡Juanelo!... ¡Soy Juanelo! ¿Por qué tiran tiros? ¿Quién me busca?

—No te buscamos á ti; buscamos al oso.

—Aquí no hay osos, señor. Aquí no estamos más que los lobos y yo.

—También queremos cazar lobos.

—Yo se los cazaré á ustedes, si me dan una manta y cosas de comer.

Los cazadores, que ya se habían reunido en torno del pequeño salvaje, no pudieron contener la risa al oír su ofrecimiento, tan atrevido como extraño.

—¿Tú eres capaz de cazar lobos?

—Sí, señor. ¿Cuántos quieren ustedes?

—Trae un par de ellos—dijo riendo su interlocutor.

—Dentro de una hora se los llevo. ¿Dónde van ustedes á comer?

—En aquel vallecillo—le contestó un cazador.

—Pues hasta pronto.

Y Juanelo desapareció corriendo entre la maleza.

Alejáronse los cazadores riendo y comentando el extravagante encuentro, creyendo al muchacho hijo de algún leñador de las aldeas vecinas. Empezó un nuevo ojeo y la esperanza de capturar al oso codiciado hizo á todos olvidar el incidente.

Reuniéronse para comer en el sitio designado. Ya se habían acomodado en el suelo los cazadores, en torno de la sabrosa *pitanza*, cuando en una ladera inmediata, monte abajo, oyeron gritos raros de una voz humana mezclados con aullidos de lobo que se acerca-

ban. Todos corrían en busca de las armas, cuando entre los más próximos brezales vieron estupefactos aparecer la escuálida figura de Juanelo, conduciendo en cada mano un lobo sujeto con un collar improvisado de tosca sogá, cuyos animales se resistían en vano á seguir al intrépido muchacho.

—¡No se arrimen ustés, que muerden!—gritó el chicuelo.

No obstante esta advertencia, rodeáronle los cazadores, matando á culatazos á las dos fieras.

Después de contestar á una lluvia de preguntas, Juanelo contó á los cazadores cómo, hacia mucho tiempo, harto de pasar hambre y miseria entre los hombres, había huído á lo más abrupto de la montaña y había vivido comiendo plantas ó animales, según la suerte le protegía ó no en sus cacerías, lejos de todo ser humano.

Los filántropos cazadores, en vez de dar á Juanelo la prometida recompensa, lleváronle consigo, y existe en Madrid, en los Asilos de Santa Cristina, donde se le conoce con el apodo de Juanelo el Lobato y donde los curiosos podrán interrogarle sobre el procedimiento que empleaba para cazar lobos vivos.

GUILLERMO J. ATHY



## DE CÓMO MURIÓ REBOLLO

¡Qué muerte más trágica tuvo Rebollo cuando todo le sonreía! La Parca cruel cortó el hilo de su existencia cuando había llegado á la mayor altura.

Hasta para morir hay que tener suerte. Hay quien se murió bailando unos boleros ó unas seguidillas más ó menos manchegas; hay quien se muere de gusto ó de risa; hay quien fallece de un cólico completamente cerrado después de un opiparo banquete.

Conoci á un señor muy atildado y correcto, que cuidaba de su físico como si fuera cosa propia; era de los que no consentían ni la más ligera mota en el traje y, sin embargo, fué á caer en un pozo negro, donde pereció asfixiado.

Se oye decir con frecuencia:

—¿De qué murió *Fulano*?

—De un uñero.

—¿Qué me dices?

—Sí; tenía la costumbre de morderse las



uñas de los pies, y á consecuencia de un mordisco infeccioso *estiró la pata*.

—¿Conque *Zutano* ha fallecido?... Tan grueso, tan sano...

—*Se le juntaron las mantecas* y acabó para siempre...

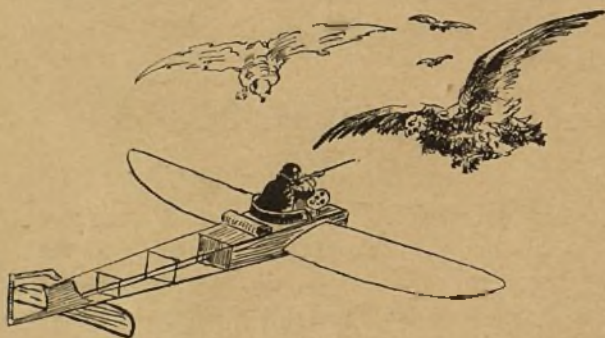
Pero nada comparable con lo que le ocurrió á Rebollo.

Era un buen muchacho, muy amante de todo aquello que significase progreso.

Fué de los primeros que usaron la motocicleta, no sin pérdidas tan irreparables como la de un ojo que se dejó incrustado en un poste telegráfico, la de los incisivos y molares de la mandíbula superior á consecuencia de un formidable garrotazo que le propinó un arriero á quien espantó la recua en una carretera.

Estos pequeños accidentes no le hacían cesar de su empeño, al contrario, lo que él se decía:

—Todo por la humanidad.



La invención de la navegación aérea fué su ruina. Las temerarias proezas de los más afamados aviadores ejercían sobre él un influjo irresistible.

Se realizaron los primeros vuelos con aparatos más pesados que el aire que desalojaban, y ya quería buscar aplicaciones á esas aves artificiales llamadas á competir con el águila y el milano en no muy lejanos tiempos.

Donde se realizaban pruebas de aviación ó se verificaba un *raid*, el primero y más entusiasta espectador era Rebollo.

Por fin consiguió, no sin gran esfuerzo, que un mecánico su amigo le vendiese un aparato sistema Bleriot que adquirió en un saldo, que se lo dejase en condiciones de funcionar y que le diese unas cuantas lecciones respecto al manejo del mismo.

Ya tenemos á Rebollo propietario de un aeroplano y en disposición de realizar magníficos y temerarios vuelos.

Sus precisos y tranquilos aterrizajes eran el encanto de propios y extraños; pero Re-

bollo no estaba satisfecho: necesitaba dar una más útil aplicación á su aparato y veamos cómo trató de conseguirlo.

Cierta día leyó en la prensa que un intrépido y afamado aviador, al trasponer por los aires la frontera y penetrar en tierra española, fué acometido por un águila que, por instinto de acometividad ó por mera curiosidad, trató de posarse en una de las alas del aparato, no sin grave riesgo del que lo pilotaba.

Rebollo respiró satisfecho y se dijo para sí:

—He aquí una de las aplicaciones de la aviación: la caza de aves de rapiña.

Nuestro temerario aviador estudió el problema, que resolvió después de algunas noches de insomnio.

Se mandó construir una especie de red con malla de alambre sujeta á un recio y largo palo á modo de las que se usan para cazar mariposas, aunque de más grandes dimensiones.

La red se cerraba haciendo funcionar un sencillo mecanismo y el ave de rapiña quedaba prisionera entre la malla.

Rebollo quiso poner en práctica tan ingenioso procedimiento, eligió lugar conveniente, se introdujo en el aparato, hizo funcionar la hélice y se lanzó por los aires, con dirección á unas elevadas montañas donde tenían su nido diversas especies de aves de rapiña.

No tardó mucho tiempo en divisar un soberbio ejemplar de águila real que majestuosamente se cernía sobre la torre de un pequeño lugar serrano, en acecho de unas gallinas que picoteaban en un estercolero de la casa del cura medianera á la iglesia.

Rebollo dirigió su aparato hacia la reina de las aves, que describiendo círculos iba poco á poco ganando en altura.

El aeroplano, imitando y siguiendo el vuelo del águila, ascendía vertiginosamente viéndose cómo el aviador lanzaba la red para capturar el ave, sin lograr conseguirlo.

Lleno de indignación tiró la red y requirió una soberbia carabina que llevaba entre la impedimenta y comenzó á hacer disparos.

Los sencillos lugareños, congregados en la plaza del pueblo, observaban con asombro la arriesgada operación.

De pronto vieron que el aparato se detuvo bruscamente y que dió la *vuelta de campana* y obedeciendo á la inflexible ley de la gravedad descendió con gran rapidez, cayendo sobre la cúpula de la iglesia, y los campesinos contemplaron con horror al temerario Rebollo clavado en la cruz con que remataba la cúpula, en sustitución de la veleta, que partida por el eje quedó dividida en dos pedazos.



El águila causante de tan horrible tragedia se lanzó rápida y voraz sobre el cuerpo del desdichado aviador, y clavó su acerado pico en las descubiertas entrañas del pobre Rebollo.

Y cuentan que aquellos humildes habitantes que presenciaron la escena,



la creyeron aviso providencial, castigo del Cielo por la intrepidez del hombre que aspira á competir con las obras más admirables de la creación.

Por el contrario, el virtuoso sacerdote de aquel sencillito lugar ruega por el alma de aquel intrépido dotado de esa otra obra admirable, de la inteligencia, de la que sólo pueden disfrutar los hombres como reyes de lo creado y con cuya facultad pueden penetrar los más oscuros secretos de la Naturaleza.

M. MORALES

## Consultorio jurídico de "Caza y Pesca,"

### Consulta.

El art. 11 del Reglamento de la ley de Caza obliga á los dueños de vedados de caza á poner tablillas con el letrero: *Vedado de caza, matrícula núm. ...* ¿Se puede cazar en esta clase de terrenos cuando tienen las tablillas, pero en ellas no se hace constar la matrícula por la que tributan?—H. A.

### Resolución.

Esta omisión se refiere solamente á las relaciones del propietario de la finca y la Administración; pero no desliga á los cazadores de

la responsabilidad por razón de delito ó falta, según doctrina del Tribunal Supremo en sentencia de 22 de Noviembre de 1905 (*Gaceta* de 15 de Octubre de 1906.)

Los individuos de la Guardia civil ó autoridades deben cerciorarse antes de hacer las denuncias si dichos vedados llenan los requisitos legales; pero no es necesario hacer constar en las tablillas el número de la matrícula.

## NOTICIAS

*Legislación de caza, pesca y uso de armas.* Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

## CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea é inserción es de 75 céntimos.

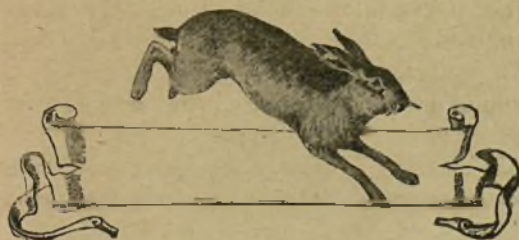
★

Se facilitan acciones de un vedado de caza próximo á Madrid, con abundancia de perdices, liebres y conejos.

Para más detalles, Hortaleza, 128, 3.º, señor Vegas.

★

Se arrienda la pesca de la «laguna del Tarray», 200 hectáreas de superficie, á cinco kilómetros de la estación de Quero (líneas de Andalucía y Valencia). Para más detalles diríjanse al señor Marqués de Gallegos, Toledo.







# FOOT-BALL

El «Athletic»  
en Toledo.

Generosamente invitados por la Academia de Infantería, acudieron á Toledo los jugadores del primer equipo, sucursal de Bilbao. El recibimiento fué tan grande como el anterior hecho al mismo Club, que ya recordarán nuestros lectores; los

simpáticos alumnos, así como toda la oficialidad de la ilustre Academia, con el capitán Prada al frente, se deshacen siempre en cumplidos para los jugadores del «Athletic». Estos agradecen siempre mucho estas muestras de compañerismo; pero en las circunstancias especiales que atraviesa el Club «Athletic», mucho más, pues por lo menos hay alguien que considera á este Club tal y como es, no como los demás quieren presentarle á los ojos de todos.

Volvamos á la excursión. En la fonda La Tolemana fueron agasajados los jugadores del «Athletic» con un opiparo banquete. Inútil es decir que la alegría reinó en todas partes. ¡Cuánto mejor lo hubieran pasado todos allí, siguiendo aquella agradable charla que nos llevaba á recordar tiempos pasados, que tan gratos recuerdos nos dejaban! Pero sonó la hora, dióse la señal y militares y paisanos marcharon al campo, unidos, riendo los chistes malos de alguno que otro jugador, que demostraba así el entusiasmo que le había producido la comida rociada de Valdepeñas.

A las tres menos cuarto y á la señal del presidente del «Athletic Club» (sucursal de Madrid), dió principio el partido, que fué precioso, demostrando unos y otros su gran conocimiento del juego, dominando unos ratos los cadetes, otros los atléticos, pero sin una carga violenta, unidos, hermanados, como si no jugaran un partido, sino como si se hiciera eso para una película de cinematógrafo. ¡Qué gusto da ver partidos así, y qué precioso y noble es para este deporte de football, que tanta gente califica de bárbaro!

El resultado tenía que ser un empate; no podía ser otro entre personas tan bien avenidas.

Los hurras de rigor dieron fin á aquella fiesta.

Los cadetes no se contentaron con los agasajos de todo el día: quisieron más y, en efecto, apenas los jugadores del «Athletic» llegaron al cuarto de vestirse, se vieron asediados por una nube de alumnos que les obligaban á tomar de todo lo que llevaban. Era demasiado; no nos merecemos tanto, gracias, eran las palabras que sin cesar se oían.

El presidente del «Athletic» nombró allí mismo

socio honorario del Club al joven capitán Prada. Es un nombramiento sobre el campo de batalla, pues apenas terminó el partido fué hecho su nombramiento. Felicitamos al simpático capitán, así como á todos los alumnos por el nombramiento, y también al Club «Athletic», que con esto tiene que agregar un trofeo más á los muchos conquistados, pues el nombramiento del Sr. Prada es un trofeo para él.

Así terminó aquella simpática visita, que nunca se borrará de la memoria de los que la presenciaron.

Nos consta que la Academia vendrá en breve á Madrid, invitada por el «Athletic».

¡Hip, hip, hip, hurra la Academia de Infantería!!!

..

En Madrid se celebró un partido entre el primer equipo de la Sociedad «Gimnástica» y el primero del «Madrid», formado en casi su totalidad por jugadores donostiarros. La victoria fué para la «Gimnástica» por seis goals contra uno.

\* \* \*

La copa «Ruete», que se jugará en el velódromo de la Ciudad Lineal, comenzará el día 19 á las tres y media de la tarde, luchando los equipos «Madrid» y «Athletic», únicas Sociedades que se han inscripto para dicha copa.

\* \* \*

Se ha fundado en Madrid una Sociedad que lleva por título «Madrid Sporting Club». Esta sociedad, que se dedicará á todos los deportes, tiene su campo de acción en la Ciudad Lineal. Sus reglamentos tienen un artículo que en pocas Sociedades existe. Es el siguiente: «La Directiva se reserva el derecho de admisión».

Este artículo debía existir en muchas Sociedades españolas.

\* \* \*

Leemos en la *Correspondencia de España* que al actual «Madrid F. Club» se le trata de cambiar el nombre. Lamentaríamos que esto sucediera, pues al maestro de los Clubs de Madrid y algunos de provincias, el que en cien mil ocasiones sirvió de árbitro entre los mismos Clubs, debía siempre subsistir; pues también oímos decir un día de partido á algunos antiguos socios que el «Madrid» subsistiría siempre. ¿Se deberá á esto la fundación del «Madrid Sporting Club»?

Si es así, felicitamos á los fundadores del «Madrid Sporting Club», que contará con tan noble idea los socios por cientos.

UN TURISTA